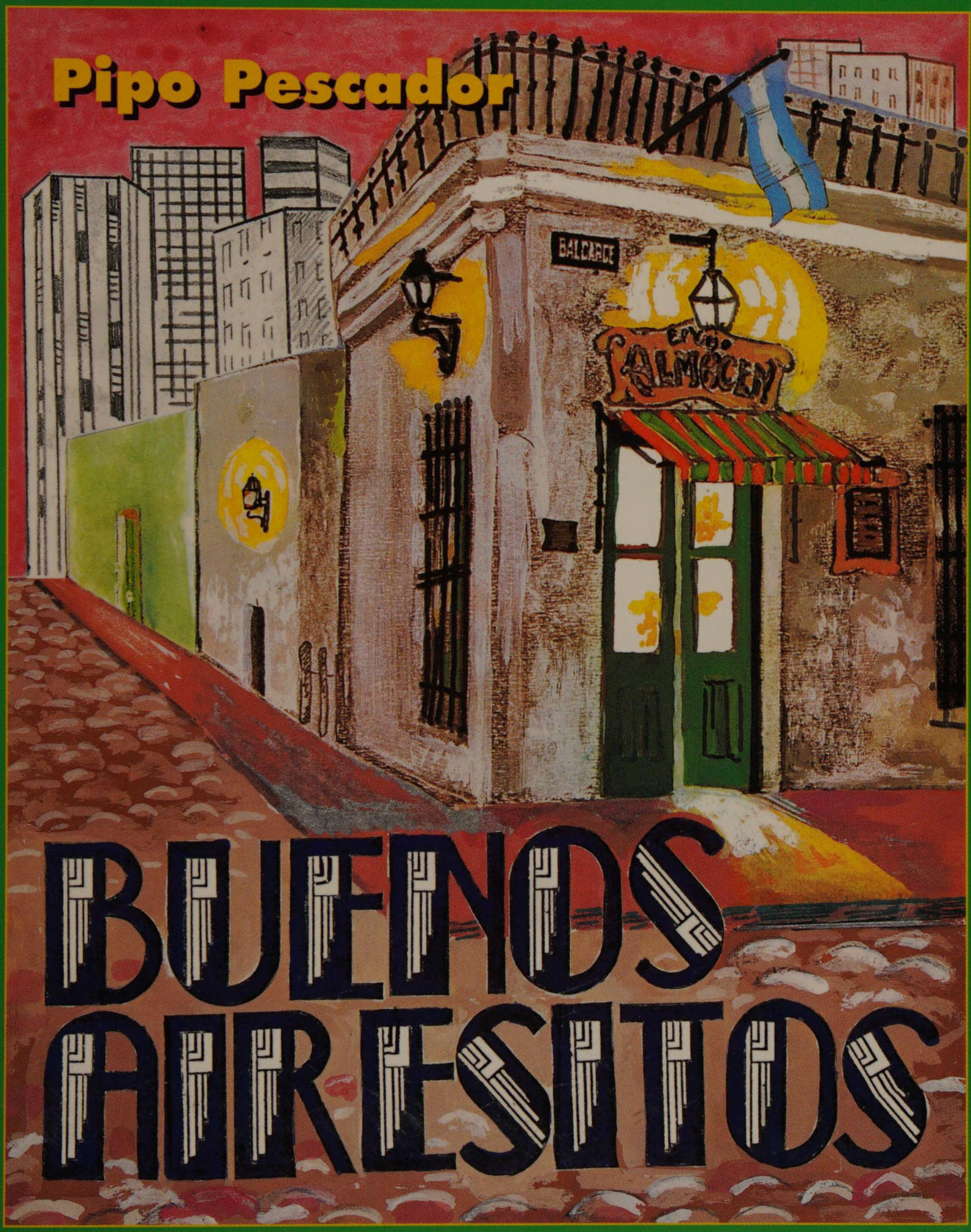
Pipo Pescador



BUENOS AIRESITOS

SCHOLASTIC

THIS BOOK IS THE PROPERTY OF:

STATE _____
PROVINCE _____
COUNTY _____
PARISH _____
SCHOOL DISTRICT _____
OTHER _____

Book No. _____
Enter information in spaces to the left as instructed.

ISSUED TO	Year Used	CONDITION	
		ISSUED	RETURNED

PUPILS to whom this textbook is issued must not write on any page or mark any part of it in any way, consumable textbooks excepted.

1. Teachers should see that the pupil's name is clearly written in ink in the spaces above in every book issued.
2. The following terms should be used in recording the condition of the book: New; Good; Fair; Poor; Bad.

Buenos Airesitos

A José Maria Peña

No part of this publication may be reproduced in whole or in part, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of the publisher. For information regarding permission, write to Enrique Fischer, Paraguay 4457, 2nd piso, (1425) Buenos Aires, Argentina.

Copyright © 2000 by Enrique Fischer.
All rights reserved. Published by Scholastic Inc., 555 Broadway, New York, NY 10012, by arrangement with Enrique Fischer.
SCHOLASTIC and associated logos and designs are trademarks and/or registered trademarks of Scholastic Inc.

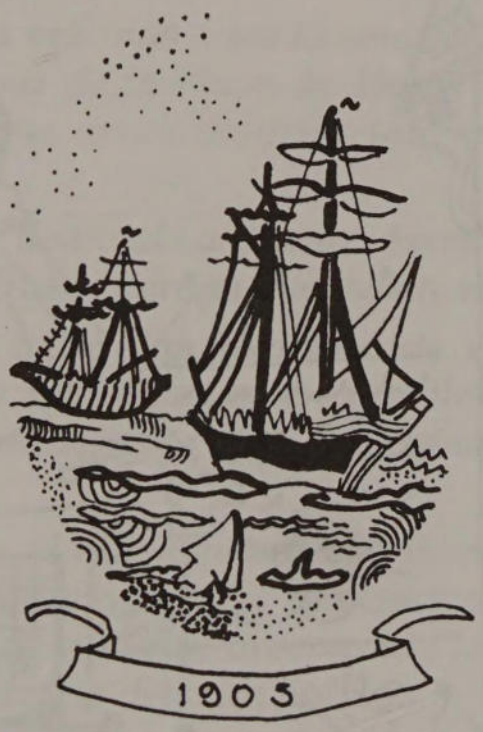
Printed in the U.S.A.

ISBN 0-439-12173-6 (meets NASTA specifications)

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 08 08 07 06 05 04 03 02 01 00

Pipo Pescador

Buenos Airesitos



SCHOLASTIC INC.
New York Toronto London Auckland Sydney
Mexico City New Delhi Hong Kong

Saludo

*Hay una ciudad de **Buenos Airesitos** con parques de piso blando y sol compañero. Una ciudad que a veces se vuelve pequeña como vos y pone todos sus tesoros al alcance de tu mano. La vereda que conocés, la calle que te animás a cruzar, las cuadras que separan tu casa de la escuela o la plaza... ése es tu barrio. La gran ciudad está formada por muchos barrios como el tuyo.*

Ruidosa, nerviosa y apurada, la Capital se vuelve serena y descansada los días feriados, para que vos la caminés sosegadamente, como si fuera un bosque o una playa lejana.

Siempre querés ver una vez más a los Granaderos de la Casa Rosada y al Cabildo (terrón de azúcar de la Plaza de Mayo). Te gusta andar por la recova del bajo, que con sus arcos describe una interminable "m" hasta Plaza Francia.

*Este es un libro de amor dedicado a **Buenos Airesitos**. Hay en él exageraciones para hacerte reír y frases tiernas que deben ser leídas suavemente.*

No esperes encontrar todas las fuentes, los edificios, las plazas y las calles. Son tantos que solo cabrían en un libro infinito, en un libro abierto que continúe enriqueciéndose cada día como una planta a la que le crecen hojas.

*¿Y si fueras vos mismo el que siguiera escribiendo **Buenos Airesitos**? Podrías empezar ahora contando cómo es tu ventana, describiendo la caída de la noche en la esquina de tu casa, inventando las palabras que podría decir la estatua de tu plaza si la dejaran hablar...*

*Bienvenido a **Buenos Airesitos** con sus misterios, sus secretos, sus palomas y sus habitantes, que más la quieren cuanto más la conocen.*

El Cabildo

Es el edificio más famoso de la ciudad y uno de los más antiguos. Cada vez que los chicos lo ven, les da un golpecito más el corazón y lo besan con los ojos...

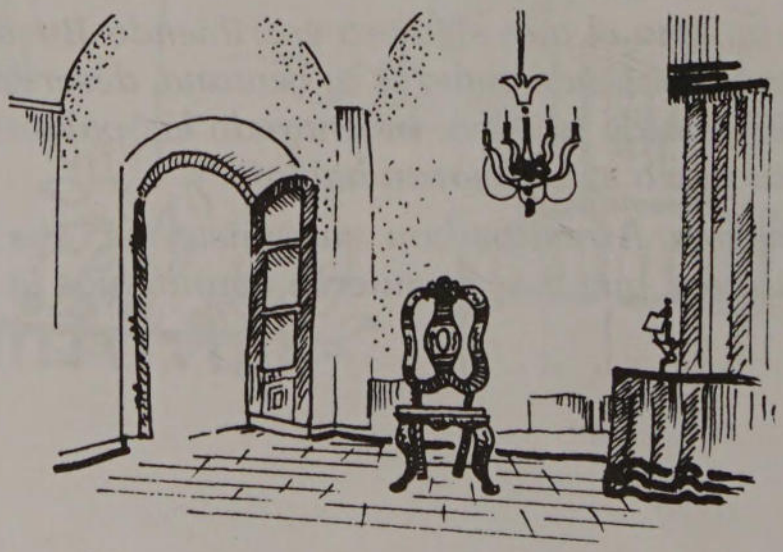
Es el tatarabuelo de los otros edificios, pero no tiene ni una arruga, ni una mancha, ni un rayón en la pared. Las vísperas de los días de fiesta, iluminado, parece una fogata, una montaña nevada, o la Luna, posada como una paloma en la Plaza de Mayo.

Cuando llueve revive la emoción de la patria recién nacida, y vuelve a brillar, barnizado por el agua fresca que lo bautizó argentino.

Antes era más extendido, tenía cuatro o cinco arcos a cada lado, pero cuando la ciudad quiso ser grande, recogió sus brazos y le hizo espacio a las diagonales.

Tiene campanas, y a veces canta a coro con la Catedral, y con otros colosos vecinos de la plaza, compañeros del tiempo, hermanos en la familia de la historia.

Música de la ciudad vieja, bronces sonoros, arrullo de pájaros, canción de aguaceros que el Cabildo atesora entre sus paredes venerables.



El Congreso

Es un enorme palacio color ceniza, detrás del cual se va a esconder el Sol cuando termina el día.

Sus ventanas, columnas, estatuas y cornisas son un laberinto para la mirada de los chicos.

En algunas puertas hay estatuas que sostienen los dinteles, las paredes, los techos y los gatos que caminan y parecen pumas acechando desde las cumbres; no parecen cansadas porque son de piedra. No digo que tienen "cara de piedra" porque eso puede ofenderlas, pero la verdad es que son auténticas cabezas duras.

Los chicos lo visitan en grupos escolares, y caminan bien juntos, porque si se pierden en algún pasillo, pueden aparecer varios días después... cansados de andar pero más gorditos.

Digo más gorditos porque en el congreso hay senadores, que se la pasan cenando cosas ricas, y convidan a todo el mundo, porque son muy atentos.

Si se mira Avenida de Mayo arriba, el viejo congreso luce su original arquitectura que juega a las escondidas con el cielo porteño.

Las palomas han encontrado su nido entre las bellas grietas de esa montaña construida por los hombres y al atardecer cada una se duerme en el recoveco que ha elegido, luego de dar una vuelta en la calesita fantástica de su cúpula.

El Teatro Colón

Es el teatro más famoso de la ciudad. Allí se representan óperas, que son obras de teatro cantadas. También ballet, que es teatro bailado.

Su entrada es majestuosa; su escalera principal parece de turrón, pero es de mármol. La sala es enorme y llena de palcos, que son balcones para asomarse al escenario.

Más de mil personas pueden ver cada función.

Es un viejo teatro lleno de recuerdos; en el pequeño museo de la planta baja, instrumentos musicales finísimos duermen en sus vitrinas junto a fotografías doradas por el tiempo.

Las luces de la sala se apagan lentamente y cada aplique, con sus bombitas, es un racimo de uvas que desaparece en las sombras de la noche.

Debajo de la vereda y de la calle, el edificio se extiende como un hormiguero de galerías que conducen a los talleres, los depósitos y las oficinas. Cada empleado del teatro es una hormiga hacendosa que no cesa de fabricar pelucas, bigotes, zapatos, sillas, frutas de pasta, lanzas, faros, nubes de madera y mil extraños objetos que luego lucen en la escena y ayudan a la magia que cada noche renace como la Luna, ante el público absorto.

El Teatro Colón es una caja de luces, un panal de notas musicales, una tormenta de aplausos...

La Fragata Sarmiento

Anclada en el puerto de Buenos Airesitos, la fragata invita a los chicos a sentirse marineros por un rato. Su cubierta aseada y luminosa ya forma parte de la ciudad; es una plaza flotante con mástiles-árboles, con velas-hojas, una plaza que viajó mucho por los mares del mundo y regresó a descansar al puerto, para contarte sus aventuras infinitas. Cada vez que vas a visitarla, la vieja fragata brilla feliz en sus bronces, en sus maderas barnizadas, en su mascarón de proa, en sus ojos de buey, linternas mágicas del mundo diverso.

Una vez, cuando yo era chico la vi llegar desde alta mar con sus velas desplegadas y navegando silenciosa, era como una banda de gaviotas que volaban en formación perfecta.

Al acercarme más, noté que los tripulantes estaban de pie sobre los palos altos y sentí que estaba divisando algo único, irrepetible.

Una fragata acercándose al puerto, solo es comparable con un niño con los brazos abiertos que camina lentamente hacia su madre que lo espera. Tal vez esta noche sueñes con un barco de claro velamen, que te lleva a buscar tesoros por los mares redondos que jamás se aquietan...

Mercados

No pierdas la oportunidad de acompañar a mamá o a la abuela cuando vayan al mercado. Es tan lindo como un circo.

Verás señores panzones con gorros blancos, lápiz en la oreja y delantal, cantando a los gritos, diciendo chistes y piropos a las chicas que pasan.

Hay pirámides de frutas, guirnaldas de apio y coliflor, grandes toneles llenos de aceitunas negras, carteles de colores, cajitas con huevos de codorniz adornadas con cinta y moño.

Cada vez que el verdulero encuentra una papa con forma rara la pone de adorno. Hay corazones, cabezas con nariz gigante, botellas y estrellas de papa.

Los gatos duermen sobre las bolsas o pasean tranquilos, seguros de que no les faltará alimento cuando tengan hambre.

Hay señoras que venden desodorante, plantas, plumeros, pájaros, peines, canastas, sartenes, macetas, velas, vestidos, espirales, ruleros, cuadernos y detergentes, en un mismo puesto.

A veces los carniceros sacan las cuentas en voz alta y a los números los llaman con nombres graciosos: unicato, duquesa, tricota, cuaterno, sexteto...

Las señoras hacen cola y parece que estuvieran a punto de jugar al tren. Mientras esperan hablan sin parar y a cada rato dicen: ¡Me voy porque estoy apurada!

Tendrás que levantarte temprano, pero podrás elegir del cajón la fruta que comerás de postre.

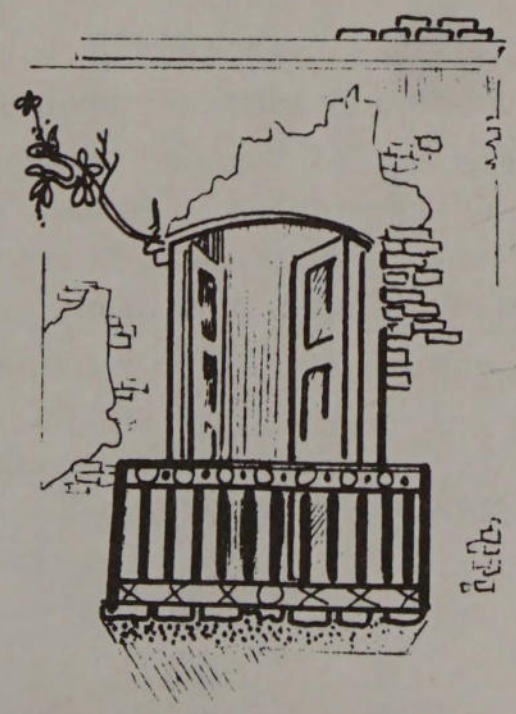
La casa más angosta de la ciudad

Supongo que cuando la construyeron era un poco más ancha, pero le pasó lo que a nosotros en el micro: vamos corriéndonos y corriéndonos hasta que nos comprimen tanto que apenas podemos respirar.

Cuando uno la ve, piensa que adentro vive una señora que hace sus quehaceres a lo largo, nunca a lo ancho.

Seguramente el perro de la casa es salchicha, el pan preferido, el pan flauta, y en los días de fiesta juegan al trencito, porque rondas no pueden hacer.

En la cocina hay un cartel que dice "Hogar, estrecho hogar" en lugar de "Hogar, dulce hogar". Yo no entré nunca, pero pienso que la casa estará dispuesta de la siguiente manera: sala, comedor, baño y dormitorio. Así, el que llega cuenta en la sala cómo le fue durante el día, pasa al comedor a cenar, luego al baño para darse una ducha y finalmente al dormitorio. A la mañana siguiente hace lo mismo, pero al revés y se marcha al trabajo.



Pizzerías y restaurantes

A pesar de que los pizzeros inventan pizzas de cincuenta y tres mil quinientos noventa y dos gustos diferentes, a los chicos les gusta la pizza de tomate y muzzarella.

Si sobre el queso hay orégano, algunos ponen cara de servilleta arrugada. Les fascina comer la pizza sin cortar los largos hilos de queso derretido; algunos estiran tanto el cuello que parecen avestruces vigilando el horizonte.

La fainá es la compañera inseparable de la pizza. Dos cuadras antes de llegar a una pizzería se empieza a percibir un aroma que te atrapa y te hace caminar como el burro tras la zanahoria.

Mucha gente come pizza de pie; de esa manera puede rellenarse totalmente, empezando por los talones hasta llegar a la cabeza.

Los restaurantes que tienen papel blanco como mantel son una preciosidad. Uno puede comer tallarines con pesto y dibujar bichos raros en la mesa. Hay clientes que comen costillas de cerdo con puré y beben vino tinto y soda, mientras hacen cuentas sobre el papel.

Los mozos gritan cosas extrañísimas: "¡Marchen dos con fritas!", "¡Que salga ese pollo con rusa!", "¡Que las vinagretas sean tres!", "¡Un postre vigilante!", "¡Que se apure el corderito!", "¡Una española no muy hecha!" o "¿Para cuándo la mixta?"

A los bebés les ponen una silla alta y quedan como si estuvieran sentados en la azotea, mirando hacia abajo y estirando los brazos hasta el plato.

Los mozos son cariñosos con los chicos y se interesan por saber si les ha gustado la comida. Pueden llevar tres platos en cada mano y tres más en cada brazo. Si vos les pedís la lapicera que tienen en el bolsillo para dibujar, te la prestan un rato hasta que la necesitan para hacer la cuenta.

Los restaurantes de autoservicio ofrecen papas fritas en cucurucho, hamburguesas en cajitas, gaseosas en vaso tapado, todo en un paquete que cada cliente lleva hasta su mesa. Mientras desenvuelve la comida, uno tiene la sensación de que está por comerse un regalo.

Árboles

Algunos fueron plantados por tu abuelo y otros por los señores con paraguas que ves en las estampas frente al Cabildo.

Un árbol tiene algo parecido a un niño: el continuo movimiento de los brazos.

A veces en tu casa te dicen que tenés pajaritos en la cabeza: los árboles también.

Vos crecés muy rápido; los zapatos del verano ya te quedan chicos. Los árboles lo hacen muy lentamente.

En esta ciudad hay muchos árboles, todos tienen hojas diferentes y en otoño algunos se desprenden de su traje espeso.

Te invito a mirarlos, a los que están solos y a los que se juntan en bosques misteriosos como el Parque Patricios.

A los árboles constantemente se les caen cosas: hojas, ramas, semillas... ellos dejan su ropa en el suelo como vos cuando te vas a dormir y estás muy cansado para recogerla.

En la Plaza Francia hay un ombú tan grande que te podés meter en el hueco de su tronco y esconderte. Un ombú no es un árbol, pero lo parece. Es en realidad una planta gigantesca. (Eso no lo sabe casi nadie.)

Los árboles son la cabellera de la ciudad, bailan al son de sus vientos, la hacen graciosa y frágil y le lavan el aire como la lluvia lava tu vereda.

Peatonales

Una peatonal, más que una calle, es una vereda. Como tiene doble circulación parece una avenida, pero sigue siendo una vereda ancha.

Hace mucho tiempo eran calles como las otras, pero los automóviles transitaban cada vez menos y los peatones cada vez más...

La calle empezó a achicarse y la acera a agrandarse y agrandarse hasta que se juntó con la de enfrente.

Durante algún tiempo, los automóviles despistados intentaban meterse en la peatonal, pero tenían que hacer marcha atrás y abandonarla, porque los caminantes los miraban con cara amenazante.

La calle Florida es un parque largo y angosto con sus canteros llenos de plantas. Parece también el patio de la casa de un ciempiés. Está llena de zapaterías porque la gente camina tanto que enseguida gasta los zapatos y se tiene que comprar nuevos.

En las vidrieras de la calle Lavalle se pueden ver corbatas, abrigos de piel, asados con chorizos y morcillas, relojes digitales y libros.

Las casas de discos ponen música a todo volumen, y al cabo de caminar una cuadra, los paseantes están tarareando cuatro o cinco canciones distintas a la vez.

La calle Lavalle es también la calle de los cines. Cuando el público quiere ver una película tiene que hacer cola frente a la boletería. Como los cines están tan cerca uno del otro, a veces ocurre que uno se desliza sin darse cuenta en la cola del cine de al lado y termina viendo una película que ya vio antes, junto a una persona a la que no conoce.

Catalinas Norte

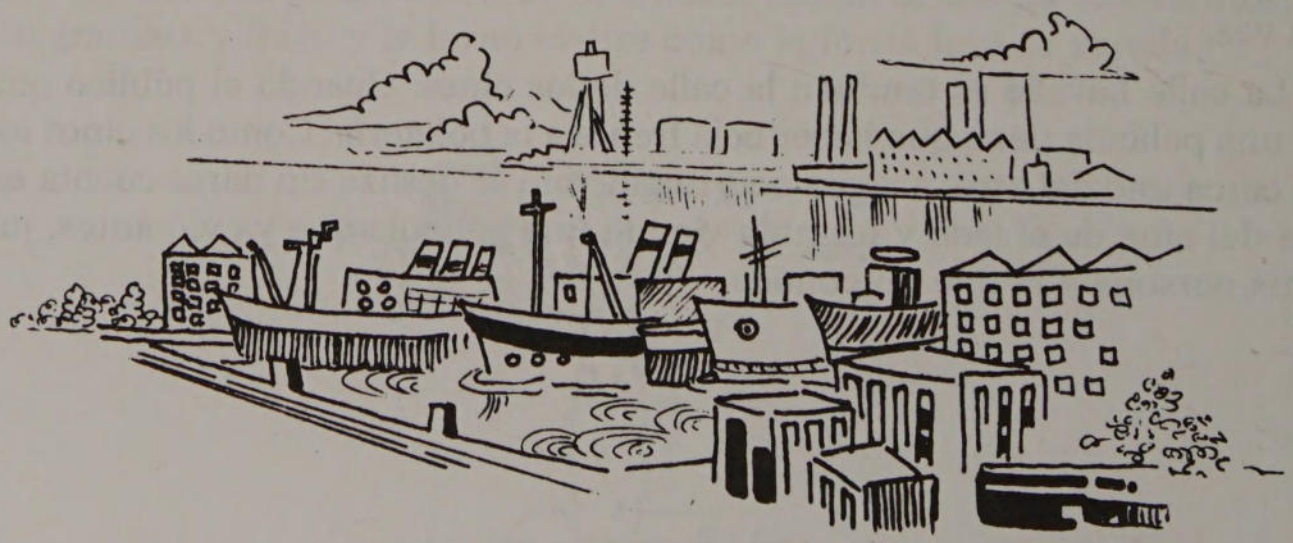
Hay chicos que cuando pasean por cualquier calle de Buenos Airesitos miran para arriba y se sienten pequeños en relación con la altura de las casas de departamentos.

Si fueran a Catalinas Norte y elevaran su mirada, se sentirían pigmeos. ¡Tan altos son los edificios allí!

Cubiertos de cristales ahumados, de espejos, de planchas metálicas, reflejan el Sol y resplandecen como antorchas encendidas junto al río.

Configuran la ciudad nueva, adelantan el futuro, permiten soñar con un mundo distinto que te espera en el tiempo por venir. Algún día, tal vez, visitarás una oficina en el piso más alto y podrás ver el río, trigal de color cambiante que el viento despeina.

Los rascacielos de Catalinas Norte son casas para colosos, árboles rutilantes de hojas geométricas, faroles chinos colgados del cielo, faros luminosos que señalan el camino a los navegantes, garzas que mojan sus pies en el río color de león.



Calles

Las calles son los pasillos que permiten recorrer la ciudad. Hay algunas tan famosas que todas las personas las conocen, aun en otros países. La calle Corrientes es una de ellas. Los tangos la nombran, los libros también, siempre salen fotografias de ella en los almanaques y cuando alguien regresa al país después de mucho tiempo, siempre declara cuánto la extrañaba. La calle Corrientes se junta con la Avenida 9 de Julio, la más ancha del mundo, y forma la Plaza de la República, que en realidad es el patio de la ciudad. Allí la gente se despatarra para tomar sol, comer pizza o charlar de bueyes perdidos.

Cuando pasa algo importante la gente va a esa plaza para salir en la televisión. En medio de ella está el Obelisco. Dicen que tiene adentro un ascensor, pero nadie subió jamás porque nunca se puede acertar con la hora de visita.

Teatros famosos anuncian sus funciones. En carteleras más pequeñas invitan a los espectadores al teatro infantil. Los domingos, después de comer, cuando la calle está desierta, un tropel de niños y papás llegan a las boleterías y hacen cola para ver teatro.

La calle Santa Fe está llena de flores y de chicas lindas. Ambas son muy parecidas en la alegría y el perfume. Es la calle de la primavera y las liquidaciones. Siempre están liquidando todo en las tiendas. Cuando es invierno, las vidrieras muestran la ropa del próximo verano, y cuando es verano, la del próximo invierno. Parece que estuvieran apurados, esperando que el tiempo pase, como vos, aguardando la llegada de tu cumpleaños.

Las vidrieras son una fiesta que uno mira desde afuera. Los invitados son las maniquíes, que a veces no tienen cabeza. A la noche los decoradores visten y desvisten a los muñecos, y muchas veces los dejan con la cola a la vista.

La Avenida de Mayo, con la imagen majestuosa del Congreso en un extremo y la plaza en el otro, es una de las más bellas de la ciudad. Sus edificios decorados primorosamente cuentan historias de tiempos en que estaba de moda tomar clases de baile en las academias, beber chocolate con churros y sentarse a escribir poesías en el Café Tortoni.

Rivadavia es la calle más larga del mundo; no termina nunca. Tiene muy buena memoria. A pesar de que cruza muchos barrios distintos, cambia de aspecto constantemente, sale de la ciudad y alcanza pueblos que están lejos, no se olvida jamás de su nombre. Creo que en algún lugar se aburrirá de ser tan larga y abandonará el viaje.

La calle Honduras parece una galería techada por los árboles. Las hojas son tejas bailarinas que dejan caer lentejuelas de luz sobre la vereda. A las casas viejas les gusta la sombra, por eso sus muros no sobrepasan la altura de los árboles. La casa de Evaristo Carriego, un poeta de la ciudad que algún día leerás, es una de ellas.

Aguas Buenas, Flor del Aire, Los Recuerdos, Carabobo, Cucha Cucha, Cisne y La Constancia son bellos nombres de calles de la ciudad.

Palermo Chico

Es una ciudad de juguete, como ésas de recortar y armar.

Parece un jardín al cual, entre rosal y rosal, le han florecido casas de fantasía.

Sus calles no se sienten obligadas a llevarte a ningún lado. A veces, te hacen andar y andar, para devolverte al punto de partida.

Algunas ventanas lucen kioscos de flores y hay paredes vestidas de hiedra como manos enguantadas.

A la noche, el silencio desciende sobre Palermo Chico y los faroles encendidos proyectan la sombra de las ramas en suave movimiento sobre la calle desierta.

Un ladrido de bienvenida al amo que regresa, el zumbido del tren que corre hacia Retiro o el susurro leve del agua regando el césped, adormecen a la pequeña aldea campestre, que juega a las escondidas con la ciudad, detrás de los bosques de Palermo.

La Boca

Es un barrio para pasear. Las casas tienen todos los colores de una caja de pinturas.

El Teatro Caminito es una calle y cuando hay función, los vecinos ven el escenario desde su ventana mientras toman mate.

Los barcos son pájaros de agua que se posan en el Riachuelo y los puentes son angostas cornisas del cielo.

Cielo y Riachuelo hacen rima, con ellos se puede escribir una poesía... o muchas. También se los puede pintar sobre un papel. La pintura es una poesía con palabras de colores.

Si cruzás alguno de los altos puentes, verás el mapa de la Boca y el lugar donde el Riachuelo se saluda con el Río de la Plata que es su papá.

Aeroparque

Todo en él es brillante y transparente. Es un puerto cuyo río es de aire.

En la terraza siempre hay personas que despiden o reciben a alguien; cuando ven un avión saludan, por si acaso el amigo esperado está en él.

Los aviones se disuelven en el cielo como pompas de jabón, o aparecen precedidos por un ruido intenso, como una paloma de mago que antes no estaba en ninguna parte.

Las puertas del edificio principal se abren y cierran solas; son de cristal y están tan limpias que muchas veces los viajeros apurados estampan su nariz contra ellas.

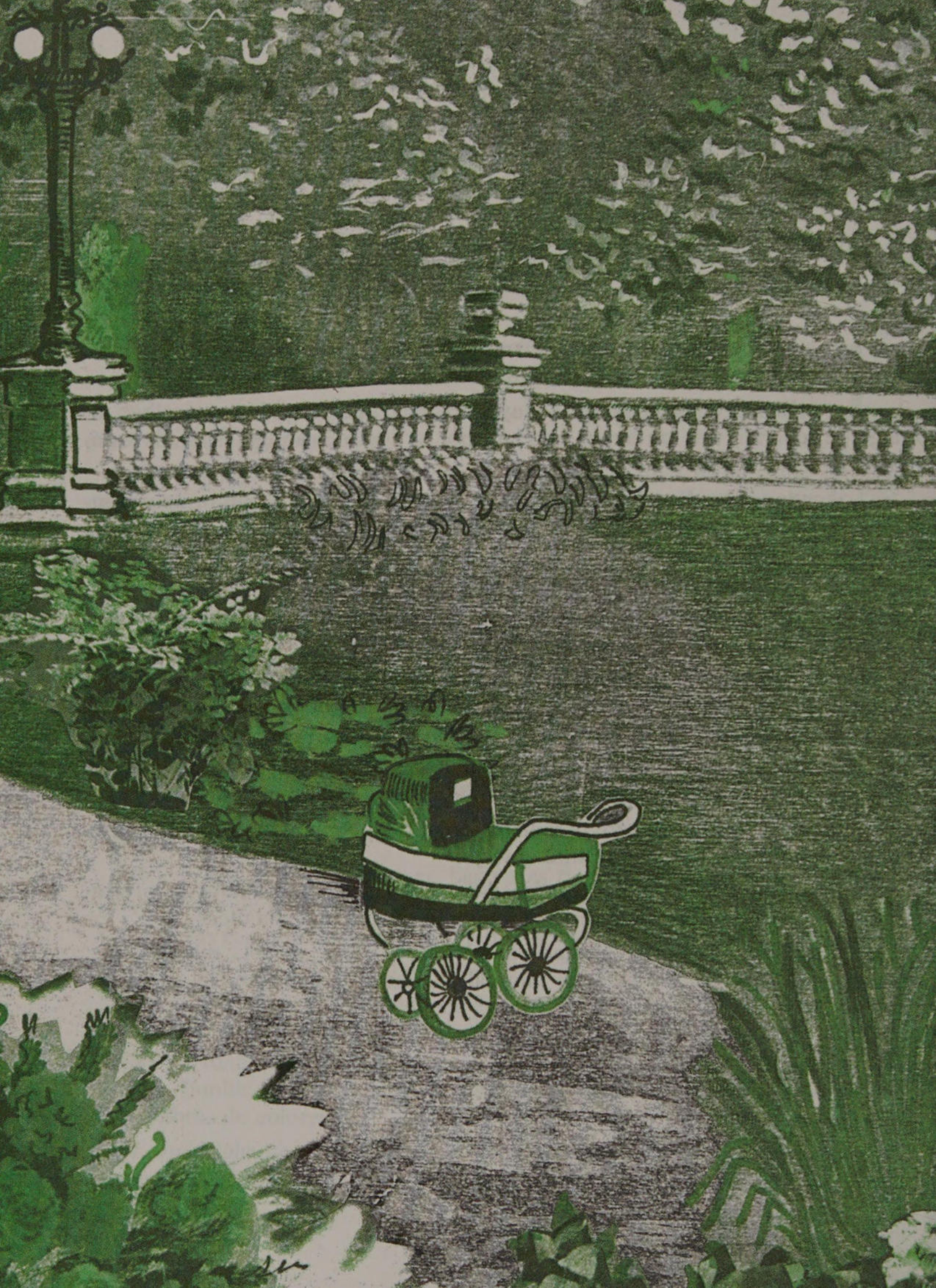
Como los viajes en avión son breves, los pasajeros van vestidos de llegada, no de salida; si van a Bariloche, por ejemplo, calzan zapatos de nieve, sombrerito tirolés y en la mano llevan un cayado.

Las azafatas son tan amables y sonrientes que parece que siempre estuvieran haciendo una propaganda de dentífrico. No están serias nunca.

Algunas señoras comen caramelos mientras comentan que son muy buenos para no marearse durante el viaje.

Una dulce voz anuncia las llegadas y partidas, pero nadie le presta atención porque todos leen en un pizarrón lo mismo que ella dice.

Cruzando la Avenida Costanera, el río se dora al sol, mientras se entretiene mirando los aviones que saltan hacia arriba como el maíz en la sartén.



Plazas y parques

Antes de que se construyera la ciudad todo era campo; el campo se dividió en cuadrados como un tablero de ajedrez y así surgieron las manzanas y las calles. En algunas manzanas, en lugar de edificios se plantaron árboles. Cuando los pájaros que volaban sobre la ciudad vieron plantas y césped pensaron: ¡qué lindo bosque!... y se quedaron a vivir. Aún siguen creyendo que están en el campo, hacen sus nidos, bajan a tomar agua en las fuentes y cantan.

Cuando a una manzana arbolada le ponen bancos, juegos, calles angostas y una estatua en el medio, es una plaza.

Las plazas tienen el río en una fuente, la playa del mar en el arenero, las piedras de la montaña en las bases de los monumentos y las flores campestres en los planteros. Las hamacas son aviones que vuelan bajito y no llegan a ningún lado y las calesitas, largos caminos redondos.

Plaza Dorrego parece un patio con su aljibe en el medio; los domingos la gente se reúne para vender lo que le sobra y comprar lo que la falta y como es más lo que le sobra, miles de objetos raros se amontonan sobre mesas, debajo de sombrillas, encima de gruesas alfombras, y la feria baila su alegre danza vestida con antiguos trajes y sombreros, come en platos decorados, se adorna con joyas relucientes, lee libros de amarilla vejez y mira brillar el cielo reflejado en un pisapapeles de cristal.

Alrededor de la Plaza Dorrego, abren sus puertas tiendas que parecen de otra época. Una de ellas, viejísima, tiene sillones y mesitas tendidas en la acera. A través de su ventana enrejada es posible ver a las clientes que se prueban, coquetas, ropa de antaño y recorren en un instante, frente a los espejos, el largo camino del tiempo que siempre ha querido vestirse con modas diferentes.

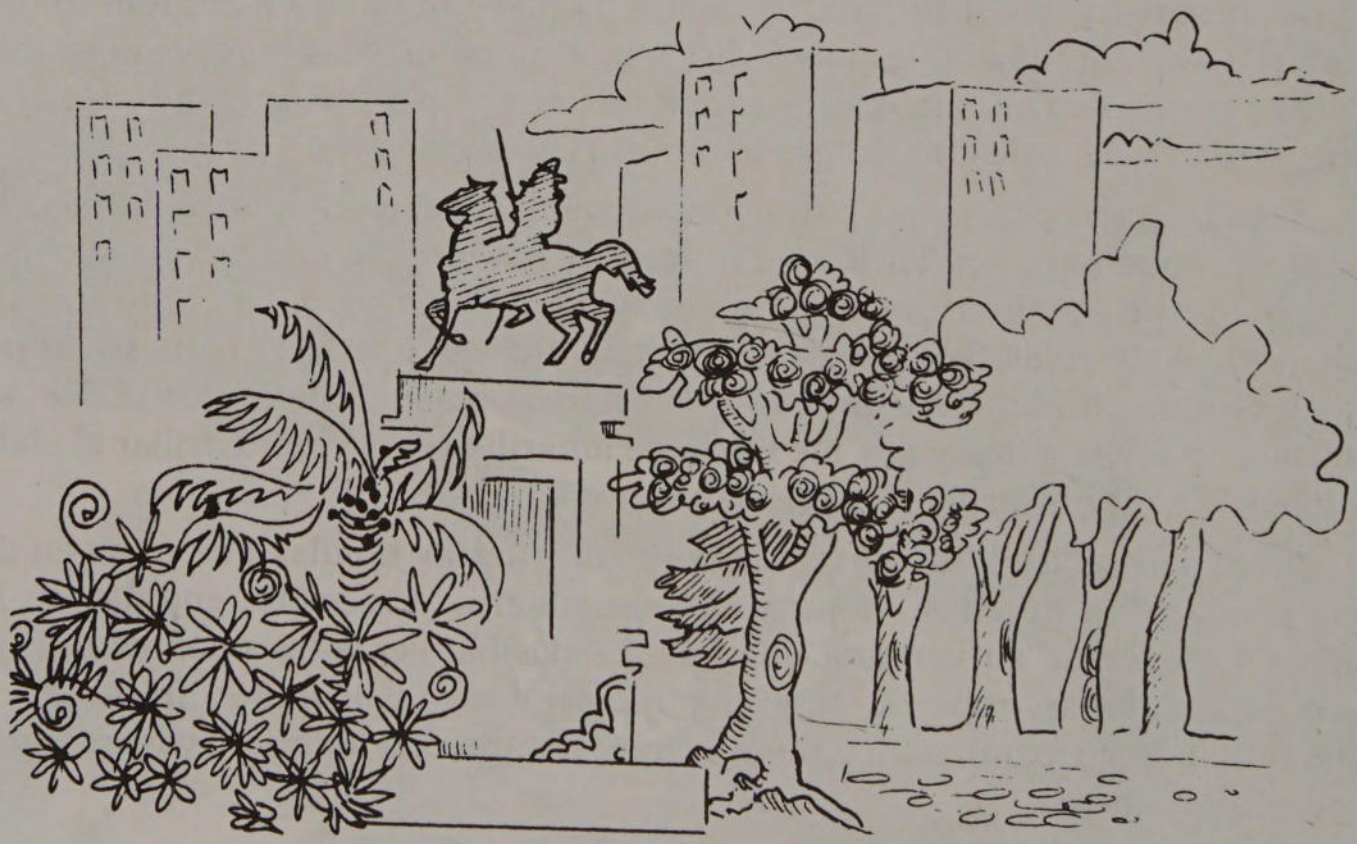
La Plaza de la República tiene un árbol solo: el Obelisco.

En los parques, los árboles no forman fila ni toman distancia; crecen como en un recreo...

Los parques no son cuadrados ni redondos; son como les da la gana. Las estatuas se posan en cualquier lado. Tienen lagos con patos de verdad y casas de mentira donde no vive nadie. Palermo es el parque más grande y a toda hora hay personas que corren, parejas que miran un mismo punto en el cielo, remeros que chapotean en el agua, jinetes a los que el caballo lleva adonde quiere, gente haciendo cola en la puerta del Planetario, familias sentadas en el pasto comiendo sandwiches de milanesa con lechuga y tomate y chicos con rodilleras jugando a la pelota con el papá que se deja ganar mientras algunas señoras aprenden a conducir automóviles. En Palermo hay una columna que no tiene techo para sostener y en Parque Lezama una fila de copas enormes se ofrecen a algún sediento.

En Parque Lezica los chicos patinan, las mamás tejen, los abuelos juegan a las damas, los bebés lloran y las palomas caminan con su paso nervioso y desorientado.

La ciudad respira en el parque y descansa en un enorme sillón verde.



Taxis y colectivos

Si uno está apurado y no puede esperar el colectivo, se toma un taxi, pero si hay tiempo, espera el colectivo porque sale más barato.

Los choferes de colectivo cortan boletos, cobran, gritan las paradas y abren las puertas. Si por casualidad se ponen a la par con otro coche de la misma línea, conversan con el conductor que siempre es su amigo, y dicen cosas como: "¿Venís bien de horario?", "¿A qué hora largás?", o "Fijáte si no te patina el embrague, porque a mí ayer me volvió loco ese coche".

A todas las señoras mayores les dicen abuela y a los señores abuelo... deben tener una familia enorme.

Los choferes de taxi conversan mucho y siempre quieren tomar el Bajo para "caminar mejor".

En los colectivos hay un racimo de chupetes colgando del techo, una fotografía de Carlitos Gardel y el asiento del chofer tiene flecos, piel de tigre y en el respaldo dos corazones bordados. Los colectivos de servicio diferencial poseen aire acondicionado y los pasajeros son silenciosos y se sientan derechitos.

Al mediodía y a media tarde, el colectivo se llena de colegiales que gritan, cantan, se sientan de a tres, cuentan chistes, se empujan, les hacen morisquetas a los peatones y luego desaparecen todos a la vez.

De pronto, en lo mejor del viaje, un señor sube al colectivo, conversa en voz baja con el chofer y luego se dirige al pasaje con voz chillona y dice: "Damas y caballeros, me sabrán perdonar si distraigo su caracterizada atención por unos instantes e interrumpo su pensamiento grato, su descanso mental o simplemente la lectura de su periódico preferido... " y luego ofrece lápices, cuadernos, sacapuntas, lustramuebles, peines y todo tipo de mercadería que se puede transportar en un bolso. Aunque nadie lo llame para comprarle, igual dice: "Un momento señor, ya estoy con usted... " o "Hay para todos, tengan paciencia".

Los colectivos y los taxis te pasean por la ciudad que tiene mil caras, y por sus ventanas contemplás, como en un cine el maravilloso espectáculo de las calles coloridas y vibrantes como el cielo de verano.

Ventanas

Cada ventana es un teatro; tiene telón y luces. Siempre hay alguien mirando por alguna ventana: un chico resfriado, un canario tomando sol, una planta desayunando con la luz de la mañana, una mamá que vigila el cielo antes de salir.

Hay ventanas redondas como ojos de buey, pequeñas, altísimas ventanas de mentira que no dan a ninguna habitación, balcones sin ventana en los cuales nunca se asomó nadie, ventanas con balcones, y balcones sostenidos por estatuas, que están cansadas de estar cansadas.

En nuestra ciudad hay ventanas para todos los cuentos; antiguas ventanas con rejas, que dejan lugar para pasar la mano y vidrieras, que también son ventanas en las que siempre encontrarás... ¡justo, justo lo que querías!

Por las ventanas entran los ruidos, los gatos, la lluvia, la música de las bocinas y las cortinas, que son globos del viento; salen el sonido de la radio, el llanto de los bebés, el adiós a los amigos y el aroma de pan tostado...

Guarderías

Si a una casa vieja la pintan como a un payaso, con la puerta amarilla, ventanas azules, paredes a cuadros, techos blancos y le dibujan flores en el zócalo, seguro que la ciudad tiene una nueva guardería.

A través de las ventanas abiertas podrás escuchar a los chicos que cantan muy lentamente como si estuvieran cansadísimos, mientras las maestras tocan con su orquesta de cajas chinas, tocs tocs y panderetas.

Cuando los niños salen a caminar, van amarrados a una larga soga y avanzan tan lentamente como cantan...

En una guardería todo se guarda en cajas forradas, siempre hay una tortuga que se llama Manuelita, el tocadiscos no funciona o hace mucho ruido y alguna de las maestras se disfraza y actúa para los chicos.

Todos los días se festeja algo: los cumpleaños, la primavera, el día de la amistad... la cuestión es mantener entretenidos a los niños pequeños que tardan mucho tiempo en adaptarse a la vida en sociedad; prefieren quedarse en casa con su mamá toda la vida.

Los primeros días de clase, alguna que otra mamá se pasa la tarde entera sentada en un rincón con cara de aburrida, lista para asistir a la maestra si su hijo llora o se quiere marchar.

A la hora de la siesta, todo el mundo duerme sobre colchoncitos o en reposeras, y las maestras comentan entre ellas cómo les fue en las vacaciones pasadas y pegan un chistido si algún chico insomne intenta despertar a su vecino.

Burbujitas, Grillito, Gusanito, Fideíto... o cualquier nombre gracioso que termine en "ita" o "ito" adornan las puertas de las guarderías porteñas.

El Jardín Botánico

Es una selva. Los tigres son los gatos. Cada planta tiene su cartel, pero hay carteles sin plantas. En realidad la planta no se ve porque todavía es semilla, pero todos confían en que crecerá y el cartel no pasará un papelón, quedándose solo.

Hay plantas que se resfrían fácilmente, por eso no pueden salir de su refugio que es el invernadero. Mirar por la ventana de esa casa transparente es como espiar el salón de un palacio, como ver el fondo del mar iluminado por un rayo del sol...

En el centro del jardín hay una hermosa mansión de ladrillos rojos; un árbol la cubre tanto que parece que tuviera puesta una camisa verde.

Algunas personas hacen florecer su inteligencia jugando al ajedrez y otras descansan al sol que es una rosa amarilla.

Todas las plantas tienen un nombre y también un apodo, como las personas. Hay cosas que les hacen bien y otras que les hacen daño; les gusta el silencio, el aire limpio, la tierra blanda y el agua de la lluvia... algunas prefieren la sombra, otras, la luz hiriente.

El Jardín Botánico es un enorme juguete dormido que crece mientras descansa, que sueña con bosques y praderas, con trinos y cascadas, mientras las hojas bailan en el teatro del viento.

Hoteles y pensiones

Los grandes hoteles tienen una corona sobre la primera letra de su nombre, que está pintado en la puerta, en las alfombras, en los uniformes de los empleados, en las vajillas, en el lomo del gato que duerme en la azotea, en los sobres y en todo objeto que tenga suficiente lugar desocupado para ponerla.

El que viene de visita a la ciudad sólo por un día y quiere comprar regalos para sus hijos, cortarse el pelo, enviar tarjetas postales, ir al banco, ver una película, conseguir tornillos importados, pasear por la autopista, visitar museos y comer algo rico, deberá alojarse en un gran hotel que es una ciudad comprimida como un diccionario.

Disfrutará de una habitación con baño, teléfono y cama, un restaurante y una confitería, tintorería con servicio de urgencia, peluquerías, jugueterías, televisión y ascensor. La telefonista le hablará en inglés, francés o jerigonza y lo llamará para recordarle que se lave bien las rodillas antes de salir a pasear.

Cada vez que una casa antigua y espaciosa queda deshabitada vienen los albañiles, le abren una ventanita por aquí, le tapan una puerta por allá, dividen las habitaciones con tabiques en dos o tres más pequeñas, techan el patio, cierran las galerías, modernizan los cuartos de baño, construyen dependencias en la azotea y en poco tiempo se inaugura una nueva pensión en el barrio.

En la puerta de las pensiones siempre hay señores tomando mate, señoras barriendo la vereda, carteles escritos a mano que dicen: "se alquilan cuartos a señoritas solas" o "completo".

En el patio techado, la televisión encendida canta, baila, anuncia automóviles nuevos, llora y da noticias todo el tiempo; en la terraza las sábanas toman aire; por los pasillos caminan chicos que van a bañarse con la toalla y el jabón en la mano y una abuela sueña junto a su radio encendida mientras un rico olor a comida, que viene desde la cocina, promete una cena apetitosa.

Fuentes y bebederos

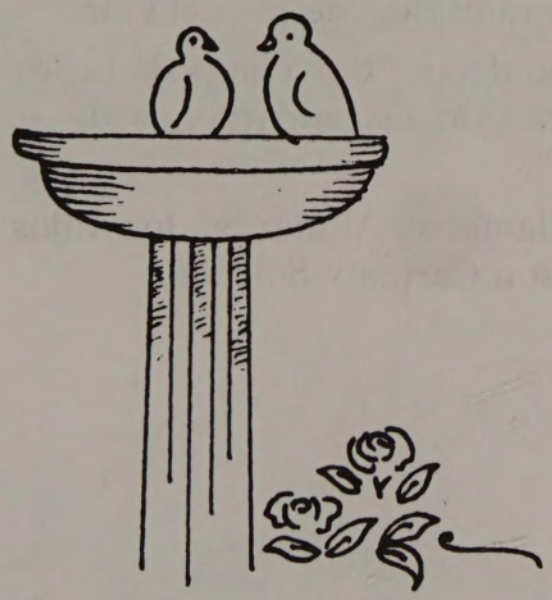
Las fuentes son los espejos de la plaza, los mares pequeños adonde navegan frágiles barcos de papel, los plumeros de cristal que hacen brillar el aire...

En la calle Acevedo hay una fuente luminosa y redonda como una luna. En Plaza Congreso, el agua (que es una gran bailarina) actúa sin cansancio muchas horas mientras se oye la música. Parece que quisiera escaparse de su fuente.

La música y el agua son hermanas.

En Parque Centenario el agua baila con otra hermana: la luz.

Un bebedero es una fuente niña; su chorro es un fino chupetín de agua... Un bebedero es la copa de las palomas, la flor de piedra que florece en la plaza.



Kioscos

Cuando una ventana se aburre de ser ventana, le ponen un timbre y la transforman en kiosco.

Debajo del mostrador de vidrio las golosinas parecen peces de colores en su pecera.

El vendedor no tiene que caminar, pero desde su silla hace más movimientos que una marioneta; estira el brazo y baja las galletitas, se agacha y pesca cuadernos de cien hojas, dándose vuelta a la derecha encuentra las pilas, girando a la izquierda, los alfajores. Si se inclina hacia adelante, llega hasta las pastillas de mandarina y poniéndose de pie descuelga un sonajero del techo.

Si el cliente es un niño pequeño, el vendedor ve solamente una mano que se asoma coma un títere y escucha una voz que pide chocolate; si es un niño grande, lo ve da la nariz para arriba, y si es un señor altísimo, ve una panza con corbata y sin cabeza.

El dueño del kiosco permite a los clientes que adhieran cartelitos en los lugares que es encuentran vacíos, detrás del vidrio.

Los cartelitos pueden decir: "Doy clases de inglés", "Se escapó mi mono", "Termine para siempre con las cucarachas de su cocina", o "Enseño a caminar con las manos".

Un kiosco puede llamarse Alimar si los hijos del patrón son Alicia y Marcelo o Carisol, si son Carina y Soledad.

Kioscos de revistas

Son como un libro grandísimo que de día se abre y de noche se cierra. Si uno mira todas las revistas a la vez, se hace una ensalada de letras y caras. Es necesario mirar una por una para encontrar la que se busca. Algunos tienen televisor y estufa. Cuando llueve los envuelven en polietileno como si fueran un traje recién salido de la tintorería.

Los diarios más importantes de la ciudad esperan perfectamente apilados sobre el mostrador desde las primeras horas del día, que parecen más bien las últimas horas de la noche.

Parques de diversiones

Son ciudades para jugar. Las casas están decoradas como cajas de galletitas. Recorriendo sus calles encontrarás edificios con paredes de espejo, un río redondo por donde navegan bebés marineros, pequeñas cabañas para una sola persona, sillas voladoras colgando de un árbol colosal, funiculares que parecen zapatillas recién lavadas prendidas al hilo de la ropa y una montaña tan flaca que solamente le queda el esqueleto.

Todos corren a subirse a la montaña en un trencito, o montan los coches de carrera, y mientras dura el turno gritan sin parar.

Un porque de diversiones es como un árbol de Navidad encendido y lleno de regalos.

En los barrios hay pequeños parques de diversiones, calesitas en las plazas o en terrenos desocupados; los focos de colores enredados en los árboles parecen frutas luminosas o luciérnagas quietas que miran tu cara sonriente, que es el más resplandeciente y bello parque del mundo.

Estaciones ferroviarias

Si los trenes fueran niños, las mamás no tendrían de qué quejarse, proque los trenes van adonde se los manda sin desviarse nunca del camino y regresan a sus casas a la hora exacta en que deben regresar y no se demoran más de dos o tres minutos.

Antes, las estaciones eran casas comunes, pero con el tiempo, la sala fue quedando chica para tanta gente y la inflaron como un globo para agrandarla. Creció mucho a lo ancho y a lo alto y se volvió tan enorme que colgaron el televisor del techo para que todos pudieran mirarlo y quitaron los muebles porque quedaban demasiado pequeños en una sala tan grande.

La boletería es un kiosco aburrido, porque todos compran siempre lo mismo.

Cada tren llega al andén que le corresponde y a pesar de que hay tantas vías no se equivoca nunca. Los que se confunden a menudo son los pasajeros que en vez de tomar el tren para ir a trabajar a Lanús, suben al tren que va a Mar del Plata y por error se quedan quince días de vacaciones en la playa.

Un mochilero que viaja en tren es como un alpinista que sube a la montaña en helicóptero.

Hay señores que llegan tan apurados que compran el boleto, corren al tren, se sientan, abren el diario y se van, todo a la vez.

En el hall de la estación Retiro hay un tren pequeño con detalles perfectos.

En los bares de las estaciones, los mozos tienen un pequeño gorro blanco, que se sostiene en la cabeza por magia, y venden sandwiches que parecen torres; contienen una comida completa con entrada, primer plato, segundo plato y postre.

Constitución es un bello palacio oscuro, con sus torres vigilando el sur de la ciudad, tierra de fábricas, de bruma y de riachuelos adormecidos.

El Viejo Almacén de tangos

Está en Balcarce e Independencia. Cuando pasás por Paseo Colón lo ves a o lejos y te parece una casita de cuento, recién pintada.

Es un lugar adonde los mayores van a escuchar tango, que es la música popular de la ciudad.

Lo visitan los turistas de todo el mundo; por eso los mozos que atienden allí tienen que aprender a decir: "¿Qué desea tomar?" en muchos idiomas. Sobre Balcarce, una ventana siempre abierta invita a los caminantes a mirar y escuchar desde la vereda; a través de ella, se escapan las voces de los maestros cantores que perfuman el barrio de San Telmo y le regalan serenatas de amor a las estrellas porteñas.

El templo ortodoxo ruso

Parece un barco con velas de oro, navegando sobre el mar verde de Parque Lezama.

Sus cúpulas deslumbrantes esperan inútilmente, desde hace años, una nevada que borre la nostalgia que sienten por otras tierras frías y lejanas, mientras el Sol las quema como antorchas, o la Luna las dibuja con su fino plumín plateado.

Mirándolo a través del hueco de la mano, uno siente que espía una ciudad exótica por el ojo de la cerradura...

En su interior de belleza incomparable, iconos, lámparas y libros indescifrables duermen en medio de un silencio brillante.

Buenos Airesitos cobija ese raro edificio, orgullosa como una madre de todos sus hijos; los que nacieron aquí y los que vinieron de lugares remotos a enriquecerla con sus culturas distintas.

Estadios de fútbol

En realidad son teatros enormes. Los actores que trabajan en ellos no saben cómo terminará la obra, si ganarán o perderán.

El escenario es el campo de juego. El techo con cúpula es el cielo azul.

Los espectadores son grandes actores también: gritan, lloran, tocan el bombo, muerden el pañuelo y se revuelcan en el suelo como si les doliera la barriga.

Los jugadores están vestidos todos iguales: pantaloncito, camiseta, medias y zapatos... los hinchas, no. Algunos tienen pañuelos ajustados a la cabeza con cuatro nudos. Otros parecen príncipes con capas largas hasta el suelo, del color de su equipo favorito.

Un rato antes de comenzar el partido, el estadio hierve como un hormiguero recién revuelto. Los vendedores pregonan sus mercancías y caminan entre la gente, pisando una mano por aquí o un pie por allá.

Venden chuenga, pizza de cancha, pororó, banderitas, gaseosas, sombreros de cartón y hasta matracas...

Cuando comienza el partido todos empiezan a levantarse y sentarse, se agarran la cabeza entre las manos, se abrazan con el vecino, y si se produce un gol, el estadio ruge como un león enfurecido.

Desde la tribuna popular, los jugadores se ven pequeñitos como mosquitos y solo se los diferencia por el color de sus camisetas.

Cuando termina la fiesta, el público saliendo por los portones parece agua que un dique libera para que se extienda veloz por todas partes.

A la noche, los estadios iluminados lucen como extrañas ciudades del futuro, como naves interplanetarias a punto de despegar, como tortas de cumpleaños que esperan tu soplido.

Estatuas

Hay muy pocas estatuas sentadas; la mayoría están inmóviles en posiciones incómodas, desnudas y solas, arriba de altos pedestales. Algunas se cansan de vivir en un parque y se mudan a otro.

En las fuentes, hay figuras de mármol o de bronce que permanecen mojadas toda su vida. No sé cómo no se resfrían en invierno.

Un amigo mío dice que si uno se lava mucho las manos se las puede gastar; a las estatuas habría que decirles lo mismo.

En Plaza Francia hay un niño de bronce con un cántaro que vuelca el agua que contiene desde hace muchos años y jamás se agota.

La ciudad tiene bailarinas y emperadores en la plaza de Tribunales; Caperucita Roja y toros, en Palermo; hombres fuertes arrastrando una roca, en Paseo Colón; una bandada de querubines, en la Plaza Congreso; Don Quijote y un Mercurio alado, en la Avenida 9 de Julio; perros, en Córdoba y Junín.

Las estatuas piensan, bailan, esperan, contemplan, ríen o luchan, pero siempre hacen lo mismo, nunca cambian.

No son para treparse; hay chicos que piensan que son escaleras y suben de los pies a la cabeza en medio minuto.

Las estatuas están siempre jugando a las estatuas y si vos las imitás, podés jugar con ellas.

Museos

Hay objetos del pasado que han logrado llegar hasta nosotros después de vencer todo tipo de obstáculos y hoy están frente a nuestra vista, bellos, raros, interesantes y enigmáticos...

Hay obras de arte que el hombre esculpió, pintó o construyó para expresar con ellas sus mejores sentimientos.

Hay también ropas, herramientas, muebles, documentos y mil cosas más que estuvieron cerca de los personajes de la historia de nuestra patria.

Hay fósiles, piedras, animales disecados y maravillosas colecciones de insectos.

Todo esto y mucho más se almacena y expone en los museos que son casas casi siempre enormes por donde el público trajina en silencio, mirando y mirando, mientras imagina extrañas historias o aprende lecciones que nunca olvidará.

Cuando un barrio tiene casas y plazas antiguas, se lo declara de interés histórico y se transforma también en un museo. San Telmo es un barrio-museo. Por sus calles se asoma todavía la ciudad colonial, a través de ventanas enrejadas y azoteas que se bañan con la luz de la Luna.

Las iglesias antiguas, algunos conventos, el edificio de la vieja Universidad, llamado Manzana de la Luces, el cementerio de la Recoleta, el Cabildo, también son museos.

La Fragata Sarmiento es un museo anclado junto a la ciudad.

Hay museos al aire libre, como el de Aeronáutica; ocultos bajo la tierra, como los túneles de la Casa Rosada; museos curiosos, como el de la Ciudad, que organiza exposiciones divertidas sobre la vida de Buenos Aires hace mucho tiempo...

Sería imposible nombrar todos los museos que esperan tu visita.

Un museo es un libro que se lee caminando, un almanaque repartido en vitrinas y estantes, un viaje alrededor de los misterios de la naturaleza, en una mañana...

Confiterías

A todos los chicos les gusta ir a la confitería. Cuando entran, corren a sentarse frente a los ventanales. Aunque en ese momento hayan terminado de comer, les da hambre de nuevo y quieren tostados mixtos, panchos y licuados de banana con leche. Los bebés siempre vuelcan algo o caminan entre las mesas y hacen tropezar a los mozos; aunque sean varones van con la mamá al baño de las mujeres.

Los niños se arrepienten de lo que pidieron cuando ven lo que comen los de la mesa de al lado, porque siempre es más rico.

En unas vitrinas muy bien iluminadas, hay cajas con moños primorosos y perritos de colores vivos y pelo larguísimo. Están a la venta, pero nadie los compra. En mostradores-heladera, los bombones parecen flores dulces, dispuestas cuidadosamente en pequeños jardines exquisitos.

Un aroma de café recién molido recorre como una mariposa todos los rincones del salón. Sobre la mesa, un librito con la lista de especialidades a disposición de los clientes, espera que alguien lo consulte, como el diccionario de bolsillo, en el fondo de tu mochila escolar.

El Planetario

Parece un plato volador, un panal de abejas, una araña gigante o un hongo plateado donde habitan los duendes.

En realidad es un teatro, distinto de todos los demás, donde el público se entretiene y aprende cosas increíbles acerca del cielo y las estrellas.

Para ver la función es necesario mirar hacia arriba.

El Planetario es un circo del espacio sideral, el escenario donde los planetas bailan su danza perfecta y misteriosa, el libro redondo donde los niños descubren la ciencia.

Techos

Mirá para arriba y tu mirada será una paloma. Descubrirás otra ciudad con torres, cúpulas, balcones, relojes y plantas trapecistas...

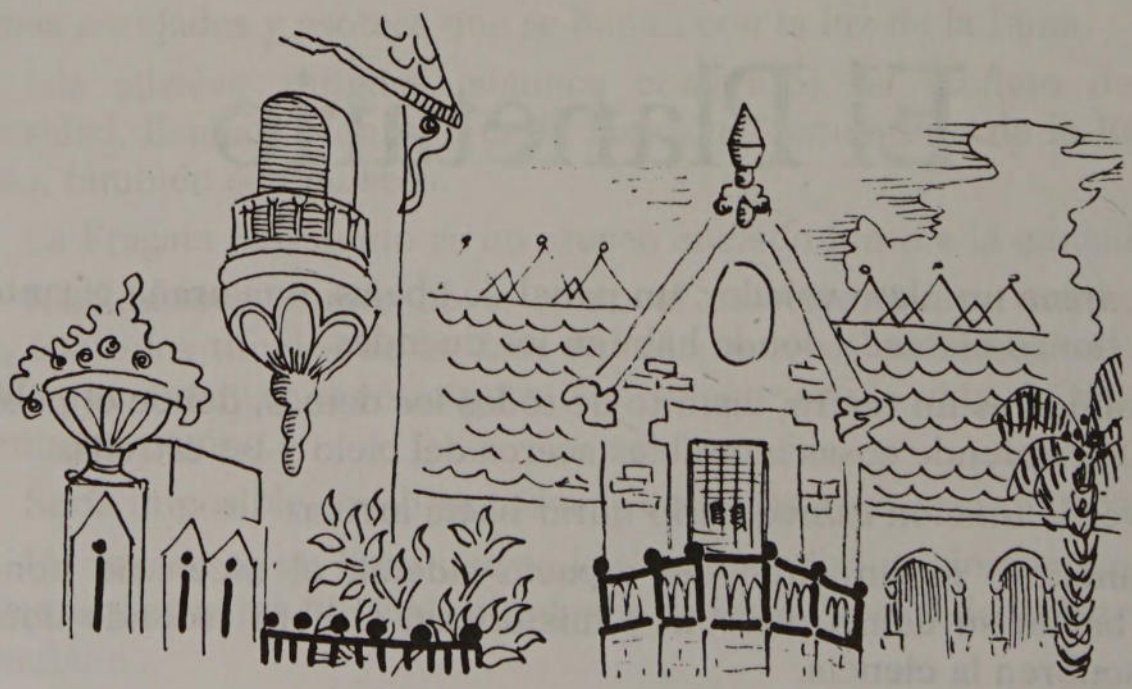
Seguramente pensarás lo lindo que sería vivir en un nido con techo de cielo, mirando las calles tirantes como hilos de un telar.

En Plaza Congreso hay un molino, un reloj con autómatas que golpean su gong y muy cerca de allí está el edificio Barolo que parece un hormiguero, una montaña con ventanas, una torta de cumpleaños para todos los niños que existen.

En algunas terrazas hay árboles que viven convencidos de que nacieron sobre un cerro...

Al atardecer, el Sol juega con los techos como vos con una linterna en tu habitación oscura.

Las veletas toman distancia con su brazo estirado y los mascarones de cemento conversan con los mascarones amigos de la vereda de enfrente.



Autopistas

Si la calle está más arriba, las casas más abajo y los automóviles pasan por encima de los árboles, pueden pasar dos cosas; o estás soñando o vas viajando sobre una autopista.

Ellas son las terrazas de la ciudad, son caminos montañosos desde donde se divisa el valle de Buenos Airesitos. Los edificios asoman la cabeza por sus bordes, como chicos que espían el circo detrás de una empalizada...

Hay personas que antes vivían en el tercer piso y ahora la calle cruza a ras del balcón como si estuvieran en planta baja.

En algunas terrazas, la autopista ha construido un quincho y cuando llueve, los transeúntes pueden caminar sin mojarse por las calles techadas.

Si uno despide a un amigo que se va en coche por la autopista, lo ve alejarse ascendiendo como si viajara en avión...

Las autopistas son calles voladoras, puentes que atraviesan una enorme laguna de techos, largas rayuelas para que jueguen las palomas...

Lluvia

Cuando llueve, los parques solos y mojados parecen el fondo del mar. Los colores de la ciudad se vuelven intensos como si alguien los hubiera retocado y aún estuvieran frescos.

Los muros delatan manchas antiguas y las semillas que han caído dentro de sus grietas despiertan de su letargo con la cara humedecida.

Si llueve intensamente, los árboles bailan en sus hojas desbordadas y el agua se despeña hacia el abismo de la acera en pequeñas cataratas de breve vida.

Los caminantes se comportan de manera distinta los días de lluvia. Corren de un portal a otro, saltan como acróbatas los ríos de mentira que surgen en las esquinas o caminan lentamente cobijados bajo sus paraguas que son amapolas negras que florecen en las calles.

La garúa es la hija menor de la lluvia. Es un humo de agua que enturbia el aire y nos hace entrecerrar los ojos como el viento arenoso de la playa del mar.

Los niños asomados tras los cristales lucen como imágenes descoloridas de cuadros antiguos, y las palomas vuelan pesadamente con sus alas mojadas, o resbalan sobre el verdín tierno que la humedad extiende sobre los mármoles de los edificios, aleteando nerviosamente para no perder el equilibrio.

Pasajes

Parecen de juguete, pero son calles de verdad. Uno puede hablar en secreto con el señor que está en la vereda de enfrente; tan angostas son...

Si un chico cumple años, enseguida los vecinos del pasaje se enteran; todos perciben el olor de la torta y escuchan los ruidos de la fiesta.

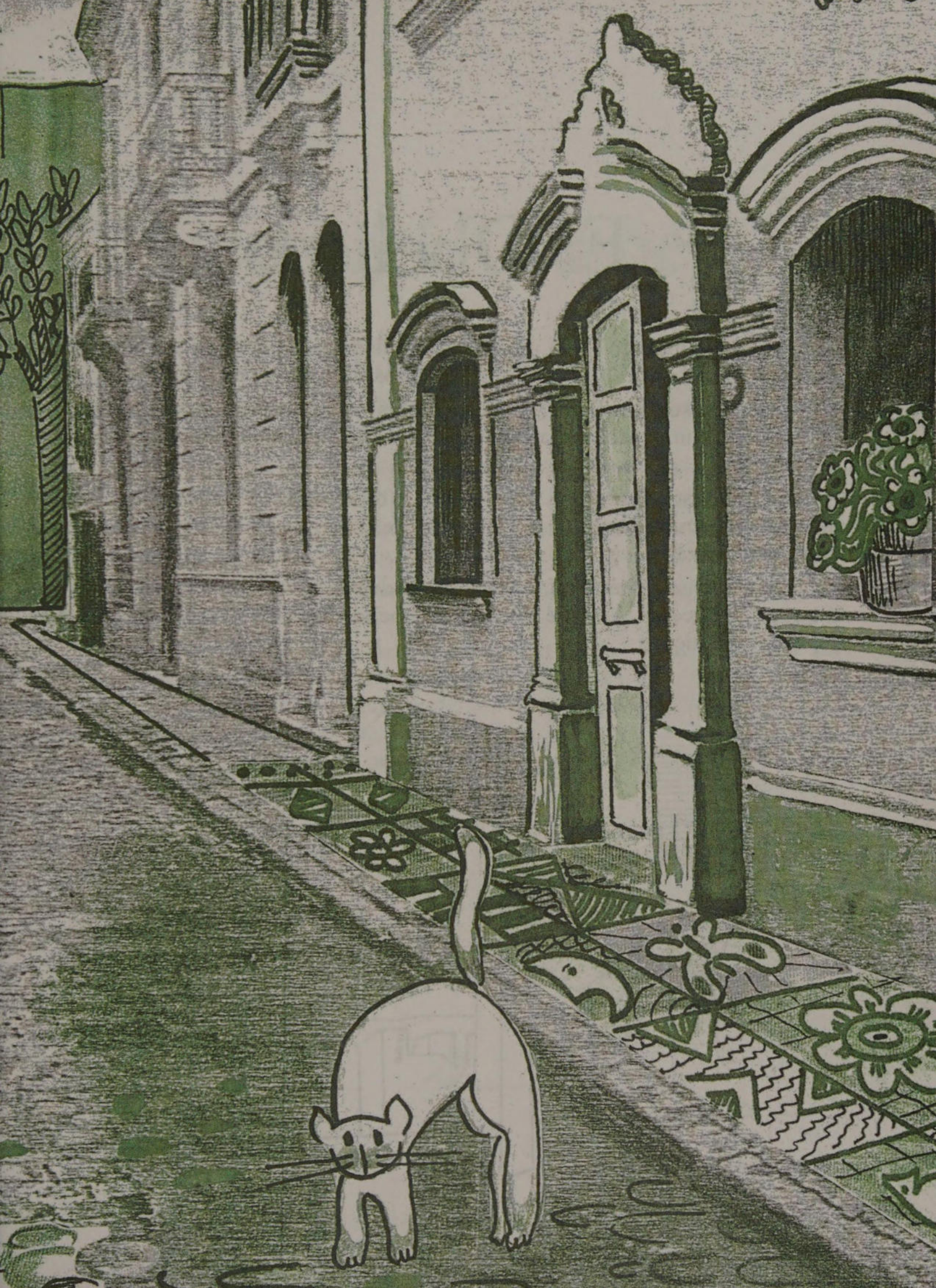
En algunos se puede jugar a la pelota en medio de la calle porque no pasan automóviles.

Siempre están desiertos porque casi nadie sabe adónde quedan.

En Flores Sur hay unas manzanas llenas de pasajes, con casas iguales de techos iguales y puertas iguales y, a veces, los gatos se confunden y el de doña Quintina se mete en la cocina de doña Carmen.

El más lindo de esa zona se llama Espartaco y tiene forma de media luna. El que se para en la esquina de Baldomero Fernández Moreno y Membrillar, lo encuentra.

Hay pasajes que no tienen salida y son lindos para entrar caminando hacia adelante y salir caminando para atrás... el de La Piedad, en Bartolomé Mitre y Paraná es uno de ellos. Conozco un pasaje que tiene puerta con llave; cuando la puerta se cerró, el que quedó afuera se embromó.



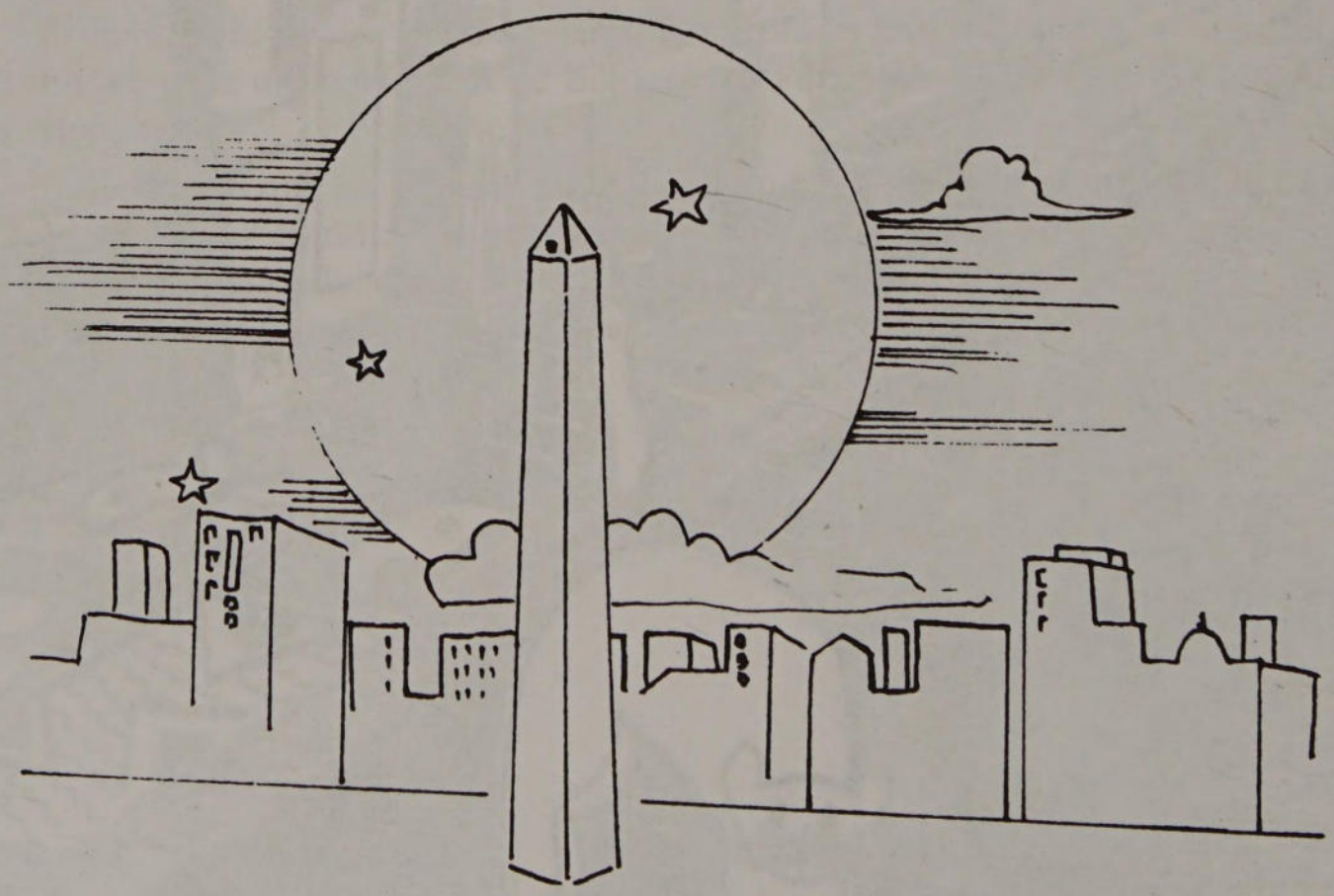
El Obelisco

Si el Obelisco fuera un lápiz y el cielo fuera papel, la ciudad tendría nubes, estrellas, sol, luna y pájaros dibujados por él.

Si el Obelisco fuera un árbol, sus flores serían más grandes que las del girasol, sus frutas pesadas como sandías y sus hojas como sábanas tendidas al viento.

Si el Obelisco fuera una torre vivirían en él cientos de princesas, miles de ratones, muchísimos pajes de pelo de paja y palomas gigantes como cóndores blancos.

Si el Obelisco fuera una aguja, se podrían coser con él tormentas de lienzo, amaneceres de lamé plateado y noches de seda negra bordadas con espejos biselados.



Puerto y Costanera

Para entrar en una casa desde la calle se usa la puerta. Para entrar en una ciudad desde el río se usa el puerto.

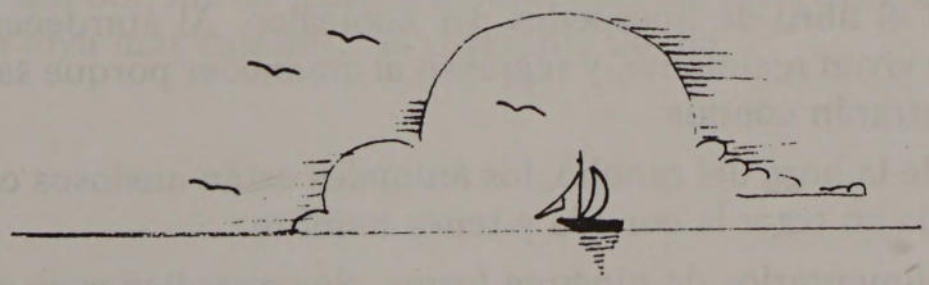
El puerto es una puerta que se abre y se cierra... ¿Nunca escuchaste decir "el puerto está cerrado"?

Antes de que en la ciudad hubiera puerto, los barcos anclaban lejos de la costa y los viajeros llegaban hasta tierra firme en canoas y carretones.

El puerto es el nido de los barcos. Las grúas son curiosas jirafas de metal que meten la nariz en las bodegas y levantan cosas.

Cuando una nave enorme se va de viaje, un barco chiquito como una pulga lo remolca hasta la salida...

Cerca del puerto están las dos costaneras: la Norte y la Sur. En la Costanera Norte está el Aeroparque; en la Costanera Sur, el museo telefónico, una bella pérgola y la Fuente de las Nereidas. La Costanera es un largo balcón que se asoma al río, una vereda blanca entre el agua y el cielo, una guirnalda de luces que a la noche brilla como la larga cola de un cometa.



El Jardín Zoológico

Seguramente alguna vez pasaste por el arco de triunfo de su entrada que mira a la Plaza Italia.

Cerca de la puerta, una figura de mármol te está esperando con la mano junto al oído, para que vos le digas un secreto.

Antes de llegar al recinto de los leones verás un bebé montado sobre un animal; es la estatua de mármol de Júpiter niño y la cabra es Amaltea. Hace mucho tiempo en ese lugar surgía el agua desde el seno de la tierra y la gente la recogía en botellas.

Adentrándose más en el jardín, sus maravillas te dejan deslumbrado; hay un gomero de raíces tan altas como vos, un templo romano, lagos serenos poblados de cisnes y hasta una isla donde los animales viven en libertad.

Los cóndores habitan una estructura de hierro altísima que hace mucho tiempo, en 1910, sirvió de templete para cubrir la pirámide de la Plaza de Mayo.

En su castillo de sólidos muros, los osos pasan sus días serenamente, mordisqueando frutas o bañándose.

¡Adivina adivinador! ¿Dónde está el reloj de sol? Cerca de las jirafas... caliente, te quemás: es esa figura de mujer, que tiene una mano extendida con el dedo levantado. El dedo proyecta su sombra sobre la plancha numerada y marca las horas apacibles.

Si mirás la copa de los árboles, verás las garcillas visitantes, que son aves que no figuran en el libro de huéspedes del Zoológico. Al atardecer vuelan hacia el río, donde viven realmente, y regresan al amanecer porque saben que en el Jardín encontrarán comida.

Un rato antes de la hora del rancho, los animales están ansiosos como vos cuando mamá tarda en traer la comida y tenés hambre.

Vos no debés alimentarlos de ninguna forma. Sus guardianes se encargan de hacerlo. Las golosinas les hacen mal, los caramelos dañan sus dientes y sus

delicados estómagos. Jamás dejes bolsas o cajas a su alcance porque suelen comérselas y luego se enferman.

Recordá siempre cuando tratás con animales que el ser racional sos vos y protegelos con tu inteligencia y tu cariño.

El Jardín Zoológico es una ciudad perdida en el bosque, una aldea donde las princesas barren las veredas con escoba de brisa, un barco veloz que recorre el mundo en una sola tarde.

Luces

Cuando cae el Sol, la ciudad se enciende como una luciérnaga y las ventanas más altas, iluminadas sobre el cielo oscuro parecen mariposas blancas que se detienen en el aire, indecisas...

El Obelisco se distrae toda la noche mirando los carteles luminosos, cambiantes como un caleidoscopio.

La luz construye otra ciudad levísima, que se abre como una campanilla al oscurecer. Los días de fiesta, los edificios públicos parecen actores iluminados en la escena, barcos blancos que atraviesan el mar brumoso, árboles encendidos de una Navidad que vive en el recuerdo.

En las noches de frío, los globos de luz alumbran los parques y muestran caminos de salida en la selva, como guías expertos en viajes de aventura.

Los edificios altos guiñan el ojo al vecino desde la azotea, lanzan cañitas voladoras al cielo negro con sus reflectores y tocan silenciosos conciertos en los teclados encendidos de sus ventanas incontables.

Cerca de la madrugada los carteles luminosos dejan de contar su historia breve, y solo persisten las luces de las esquinas, que esperan dulcemente el despertar del Sol, luz de luces, claridad infinita, farol del cielo que regala a la ciudad su joya más rutilante: el diamante de día.

Trenes subterráneos

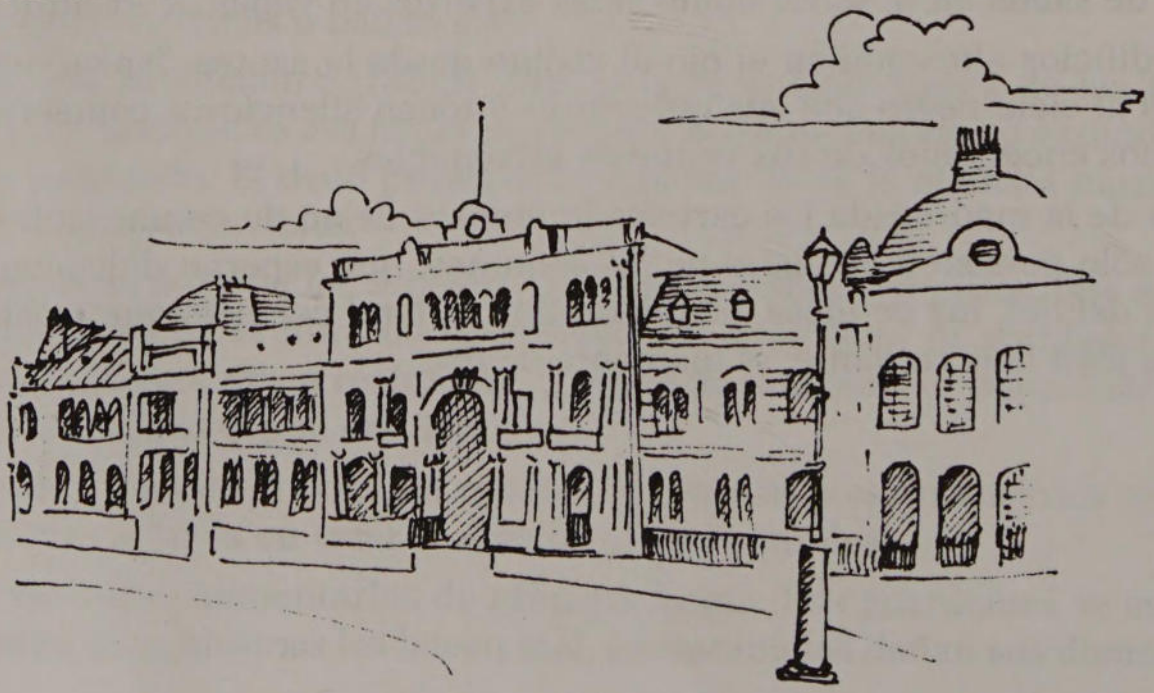
Los subterráneos eran trenes iguales a los otros, pero de tanto ir y venir por el mismo camino, fueron abriendo un surco y lentamente se hundieron... con el tiempo el pavimento de las calles los cubrió y se construyeron escaleras para bajar hasta sus andenes.

Aunque afuera brille el Sol, en algunas estaciones siempre llueve y los pasajeros esperan debajo de sus paraguas.

En cada parada hay un mural hecho de azulejos, tan largo como el tren; en la estación Catedral, la pared tiene barcos, canoas, carros, árboles, personas, edificios, cielo amarillo, diligencias, nubes, caballos y el cabildo blanco como un jabón.

El subterráneo es un tren jugando a las escondidas, un hormiguero iluminado con miles de bombitas, es el bolsillo de la ciudad, secreto y misterioso.

Pasear en él, es igual que pasear en automóvil, pero con los ojos cerrados.



Despedida

Yo sigo caminando por Buenos Airesitos. Me parece que si la recorro andando, la beso con los pies.

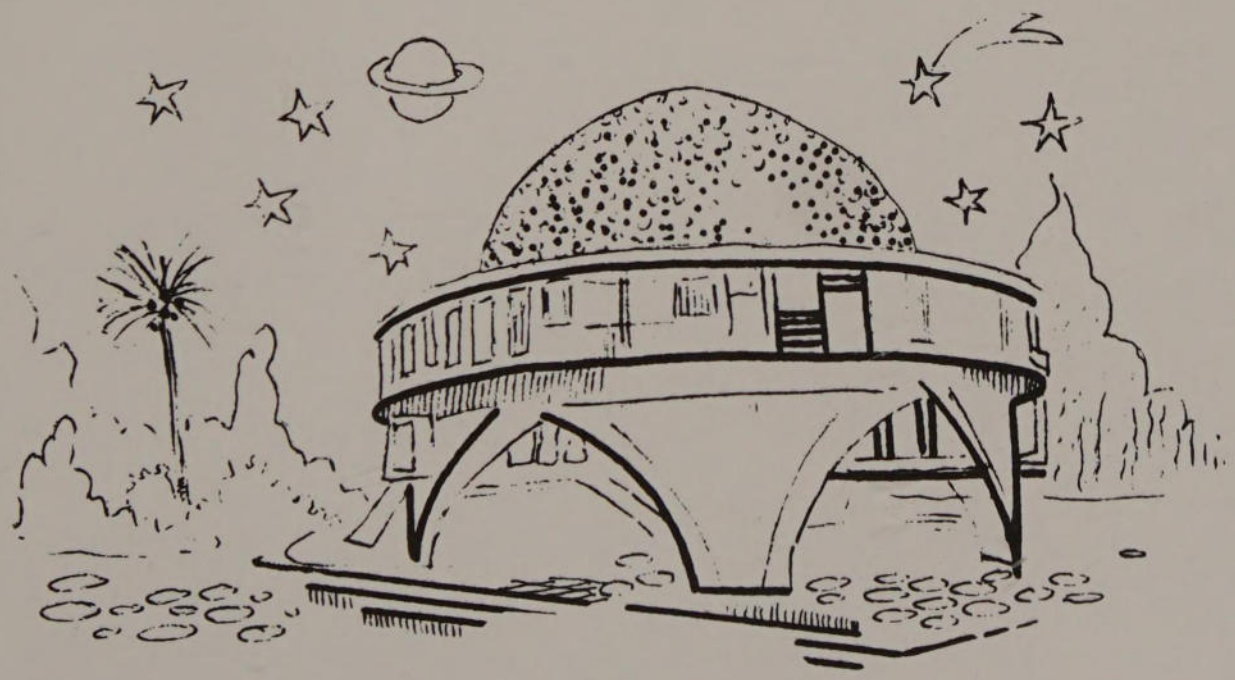
No será dificil que un día nos encontremos vos y yo en algún parque o trajinando calles.

Si esto ocurre, acercate a mí y marcharemos un rato juntos. Cambiaremos impresiones sobre este libro, me mostrarás algo que yo no conocía, o simplemente contemplaremos en silencio la ciudad.

Tengo que terminar aquí porque este libro no es un diccionario, para ser tan gordo.

Sólo quiero pedirte que cuides a tu ciudad, que no permanezcas indiferente ante el llamado de quienes se encargan de ordenar el crecimiento de sus edificios, de conservar las casas más bellas, de plantar nuevos árboles y defenderla del abandono o de la destrucción inútil.

Yo me considero amigo de Buenos Airesitos y quiero que vos también lo seas para siempre, por eso te la he presentado.



SCHOLASTIC INC.

This edition is only available for distribution through the school market.